

Apuntes para una reflexión acerca de la revolución en la historia.

Héctor Grenni

El autor considera, en este artículo, que la revolución busca, primariamente transformar la sociedad. Las revoluciones no pretenden optimizar las sociedades, sino transformarlas radicalmente. El sujeto de la revolución son las víctimas de todo poder. La revolución, por lo tanto la hacen los de abajo, porque son precisamente ellos los que han sufrido el proceso de empobrecimiento.

Cicerón ha dicho que “la Historia es la maestra de la vida”, porque enseña a vivir; Hegel dice que la Historia no enseña nada nuevo. Cabe preguntarse: ¿Qué es la Historia, entonces? ¿Es un arte o una ciencia? Si bien la pregunta no está fundada sobre bases claras, porque requiere un acuerdo previo acerca de qué es ‘ciencia’ y qué es ‘arte’, y en el fondo, ‘qué es Historia’, plantea un interrogante profundo.

A menudo se ha pensado la Historia como el devenir uniforme de los hechos humanos, donde los cambios se van dando paulatinamente, por la simple evolución de los hechos de los hombres y mujeres. A veces, este suceder uniforme de hechos se ve sometido a bruscas aceleraciones, que llevan a cambios fundamentales en las formas de convivencia: los cambios históricos se suceden paulatinamente, al ritmo que sus protagonistas -los hombres y mujeres que viven y mueren en un determinado tiempo histórico- le quieren imprimir, hasta que un hecho relevante le imprime un ritmo acelerado de cambios profundos. Este ‘hecho relevante’, evidentemente, forma parte de los hechos humanos: forma parte de la Historia: la revolución.

De hecho, la dinámica histórica ha mostrado a veces períodos de calma y lenta evolución, donde las estructuras sociales se modifican como consecuencia lógica de las relaciones sociales. Un ejemplo de ello son los siglos comprendidos entre el siglo II a.C. al II d.C., en las regiones dominadas por el Imperio Romano, donde la ‘*pax romana*’ generalizó una cultura, que, sin negar las profundas contradicciones en que estaba fundada, mantuvo sus paradigmas por varios siglos. Otras veces, la misma dinámica histórica ha mostrado momentos de acelerados cambios, que ponían en tela de juicio todos los modelos y valores de una cultura: son los momentos de revolución, como en los tiempos de la “revolución neolítica”, en los años 12.000 a.C., cuando las primeras experiencias en la agricultura y la sedentarización obligaron a buscar formas de convivencia social y de relaciones humanas diametralmente distintas a las existentes hasta entonces.

QUÉ ES ‘REVOLUCIÓN’

Trotsky opinaba que la revolución es “la gran aceleradora de la Historia”. Sería como entender que la historia “está dormida”, y evoluciona lentamente, casi por inercia, hasta que un hecho brusco y determinante “la despierta”, para imprimirle un ritmo veloz de cambios profundos. La revolución, en este sentido, provocaría un salto de cualidad en la evolución histórica.

Toda revolución es una idea nueva, superadora de la idea vigente y que busca imponerse sobre ella, tomando su lugar como eje paradigmático en la sociedad.

Representa un cuestionamiento profundo de las estructuras existentes. De hecho, el cuestionamiento del paradigma es la esencia de la revolución: existe la revolución porque existen estructuras cuestionables, y porque existen ideas cuestionantes. Sin estos elementos, no se justifica la existencia de la revolución. La revolución no se justificaría por sí misma, según esta acepción: la revolución se justifica 'desde afuera' de ella misma. El hecho de que haya estructuras que merecen ser puestas en tela de juicio desde otras latitudes teóricas, justifica su existencia. Al mismo tiempo, toda estructura debe admitir la posibilidad de la existencia de otra idea, capaz de ponerla en tela de juicio.

El hecho que la revolución necesite de su entorno para darle justificación la torna dependiente del contexto. Es el mismo sistema vigente, que da lugar a cuestionamientos, lo que origina la existencia de una situación revolucionaria, que bien podría quedar sin efecto, sin razón de ser, si las razones que dieron lugar al cuestionamiento se eliminan, o se mitigan. Pero todo sistema debe considerar la posibilidad de la existencia de cuestionamientos, si no quiere aparecer como totalitario.

Tanto el marxismo como el liberalismo, en sus formas de considerar sus ideas, han cometido el mismo error: han considerado su verdad como única, absolutizándola, y negando la posibilidad de la existencia de otras verdades. Se negaron a un diálogo de ideas. De esta manera, la parte de verdad que cada una de estas doctrinas trae consigo, se convierte en error, al considerar como verdades totales, lo que en realidad son verdades parciales. Ambas se consideran 'estados ideales', donde sólo cabe el paulatino perfeccionamiento de la praxis de la idea propia. Ambas negaron espacio a la revolución, o sea, al cuestionamiento 'desde afuera' de la idea. Al respecto, es sumamente interesante el estudio de las revoluciones anarquistas de Cronstadt y Ucrania, entre 1918 y 1922, en la naciente Unión Soviética: la revolución recién instalada en el poder político, y aún no consolidada, daba ya lugar a cuestionamientos: la izquierda en el poder era cuestionada desde la izquierda, desde sectores todavía más radicales.

La revolución cuestiona el modelo, el paradigma que conlleva un sistema. Pero el cuestionamiento viene desde la marginalidad: los que cuestionan son los marginados del sistema. Todo sistema puesto en cuestión tiene un grupo que queda al margen del mismo: no disfruta de sus beneficios, o no concuerda con ellos. Y cuando los marginados de un sistema son muchos, en términos relativos, y si ellos encuentran la forma y el espacio para manifestarse, sucede la revolución.

Cabría preguntarse si el sistema puede cuestionarse desde otro lugar que no sea el de la marginación. O sea: si la revolución puede hacerse desde otro lugar que no sea el de los excluidos del sistema. La Historia presenta pocos casos en este sentido, y aún éstos, no plenamente adecuados a esta afirmación. Al respecto, es ilustrativa la experiencia anarquista que citamos arriba, en algunas regiones de Ucrania, que tuvo como conductor a Néstor Machnó, en 1919-22. Tuvo una gran adhesión popular, aunque sus líderes no tenían origen 'popular'; por ello, no podrían considerarse 'marginados' del sistema. Pero la amplia adhesión desde los sectores marginados habla de la cercanía ideológica de los dirigentes con las clases marginadas.

La revolución francesa de 1789 tuvo un origen eminentemente 'popular', aunque finalmente degeneró en concepciones burguesas de distribución de las cuotas de decisión políticas. La revolución de los negros de Haití de fines del siglo XVIII no tuvo origen en los esclavos, aunque luego terminó por sustentar los principios reclamados por éstos, pero al costo de muchas vidas humanas y nuevas marginaciones. La

primera, comenzó en las clases marginadas y terminó creando un sistema en el que éstas siguieron al margen del mismo; la segunda, comenzó en sectores sólo parcialmente marginados, y terminó creando un sistema en el que cabían los sectores más marginados. Ambas experiencias, ‘revoluciones triunfantes’, terminaron en un sistema con antiguas o nuevas marginaciones

Quedando espacios amplios para la duda, creemos que no es posible una revolución que no se origine en la marginación. No creemos posible una revolución originada en el sistema mismo, porque éste no puede negar sus propios paradigmas. Al respecto, sin embargo, es ilustrativa la experiencia de Amenofis IV ‘Akenatón’, en la XVIII dinastía egipcia, en el siglo XIII a.C., que mencionamos más abajo.

Otra pregunta que cabría plantear, es si es posible la existencia de un sistema social sin marginaciones. No conocemos ejemplos de este tipo en la Historia: aún los sistemas sociales que han defendido una relación de igualdad total, han tenido siempre marginados: porque la ‘igualdad’ no los alcanzaba, o porque no deseaban esa igualdad, quizá defendiendo privilegios anteriores. Son muchos los ejemplos ilustrativos en este sentido: en la Atenas del “Siglo de Oro” hubo esclavos, en la Comuna de París hubo ‘contrarrevolucionarios’, en el “Imperio Socialista de los Incas” hubo pueblos enteros sometidos.

El sistema que ha impuesto un cierto modelo de relaciones sociales, busca defenderse del cuestionamiento, por medio del uso de la fuerza que la sociedad le ha concedido, o presentando sus logros. Está ‘instalado’, es ‘inocente hasta que se demuestra lo contrario’: la revolución debe demostrar que el sistema es cuestionable, y que es necesario otro: debe demostrar que la cantidad de marginados exige un nuevo sistema.

La revolución en el sistema

Un estado revolucionario no puede ser pasivo: “Toda revolución que permanece a la defensiva está condenada al fracaso”. La revolución debe ‘hablar’, debe decir algo, debe cuestionar las estructuras para justificar su existencia: la revolución debe pasar a la ofensiva. El estado ideal resultante sería la imposición de una nueva estructura social: una vez logrado esto, todo se reduciría al continuo perfeccionamiento del sistema.

Con todo, hay dos formas de concebir teóricamente la revolución. La primera, llamémosle “staliniana”, sostiene que toda revolución tiene como objetivo tomar el poder político, para que, una vez logrado, imponer desde allí sus ideas acerca de la sociedad: sobre cómo debe ordenarse el ejercicio del poder político, cómo deben distribuirse las riquezas, cómo se debe producir, cómo deben ser las relaciones sociales... Aquí, la revolución es un estadio a alcanzar, una meta que hay que lograr. Una vez alcanzada ésta, sólo queda el continuo perfeccionamiento del sistema, la optimización del paradigma propuesto.

La segunda forma de concebir teóricamente la revolución, que podríamos llamar “trotskista”, afirma que la revolución debe ser permanente: el mismo Trotsky habla de “revolución permanente”, o de “revolución en la revolución”. El hecho mismo de la revolución, el estado de revolución, sería el estado ideal, donde continuamente se daría la búsqueda de nuevas marginaciones, para superarlas en forma estructural: las estructuras deben estar preparadas para detectar las nuevas marginaciones y superarlas: la revolución debe instalarse en el sistema como parte inherente a él. El

objetivo no sería llegar a un estado social ideal, a un 'paraíso social', sino que este 'paraíso' está en el hecho revolucionario en sí: el estado de revolución es el estado ideal. No existe así un estado social ideal, sino que ello constituye una utopía a la cual tender.

Aquí, la revolución es un camino sin meta: el hecho mismo de recorrer el camino constituye la esencia de la revolución.

En el primero de los casos, una vez llegados al poder los grupos que sustentan las nuevas ideas, su triunfo se verifica por la imposición de esas ideas sobre la sociedad reestructurada. El logro de la asimilación del nuevo paradigma por parte de las mayorías representaría el triunfo de la revolución. La revolución 'debe ser impuesta' desde el poder político, o desde los centros de decisión, y debe redundar en una superación de las marginaciones a que daba lugar el paradigma anterior. En este caso, la revolución 'debe hacerse sistema' para triunfar. La revolución debe dejar de ser revolucionaria, para propiciar el nacimiento y crecimiento de las nuevas estructuras sociales que conformarán la sociedad. Si admitimos esta situación, habrá que admitir que toda revolución, concebida de esta forma, como un sistema nuevo impuesto desde el poder político, está condenada al fracaso.

En este caso, será necesario preparar el camino a la revolución, haciendo evidente las marginaciones: es necesario agudizar las contradicciones, para que esta misma situación provoque la acción necesaria para la superación de las mismas: el hecho revolucionario primeramente, luego la toma del poder político, y por fin, la imposición de un nuevo estado de cosas.

La revolución que no logra imponer sus ideas está condenada al fracaso: desaparece como cuestionamiento, o se incorpora al sistema, atenuando tanto sus cuestionamientos anteriores, que terminan por ser un elemento dinamizador de éste. A fines del siglo XIX, el naciente estado italiano, pretendía anular los privilegios, aboliendo los títulos de nobleza: así se hizo, pero ello no ocasionó la anulación de los privilegios, sino que le dio un nuevo dinamismo al mismo sistema: 'fue necesario que algo cambie para que todo siga igual'. Si la esencia misma de la revolución consiste en el cuestionamiento del sistema, su fracaso consistiría en no lograr la imposición de sus ideas. Y su triunfo consiste en la imposición de un nuevo sistema: la revolución, para triunfar debe 'hacerse sistema', debe dejar de ser cuestionante, porque no puede cuestionarse a sí misma: su triunfo representa su fracaso.

O sea: el triunfo de la revolución se verifica con la imposición de un nuevo sistema, superador del anterior: la revolución se vuelve 'contrarrevolucionaria', por lo tanto. El nuevo sistema no debería dar lugar a nuevas marginaciones, porque ha sido hecho para solucionar las existentes. El nuevo paradigma incorporará a todos al sistema, sin marginados, o deberá admitir la necesidad de una nueva idea, que supere las marginaciones a que ésta da lugar, y deberá admitir su fracaso.

Será necesario verificar si se dan las condiciones para la aceptación de las nuevas ideas en los lugares donde éstas deberán fijar las nuevas condiciones: o sea, si el lugar objeto de una revolución la necesita, o necesita 'esa' revolución. Al respecto, se cuestiona fuertemente la praxis soviética que se intentó en la Unión Soviética desde 1917: una doctrina 'pensada' para ser aplicada en una sociedad con un desarrollo industrial avanzado, con una fuerte contradicción entre clase 'oprimida' y clase 'opresora', se puso en práctica en una sociedad eminentemente campesina y analfabeta, y que hace siglos que pasa hambre. Se puede decir que fueron necesarias tantas adaptaciones de la idea marxista a la sociedad en que debía ser

puesta en práctica, que aquello terminó por no ser marxismo: fue necesario hacer tantas adaptaciones a la idea que se lesionaron los mismos dogmas de la idea.

Para evitar ello es necesario que el análisis previo a la revolución determine claramente las necesidades, o las marginaciones, cuya eliminación deben ser tomadas como objetivo de la revolución. Pero la cuestión más importante, es el lugar desde donde debe hacerse la determinación de las marginaciones: es decidir si esta determinación debe hacerse ‘desde afuera’ de las marginaciones, o ‘desde adentro’ de ellas. De ello dependerá el tipo de revolución que resultará, o las marginaciones que hay que superar. Obviamente, cuanto mayor sea el grado de marginalidad que funge como objetivo revolucionario, mayor será la radicalidad de la misma. De ello dependerá si la revolución responde a las necesidades de ese contexto, o si se estará gestando una revolución que responda a otras necesidades.

Pero quizá la pregunta fundamental que cabría, es si de verdad la revolución debe tomar el poder político, e imponerse desde allí. O sea, si es posible una revolución que no termine inexorablemente en el fracaso, porque no necesita tomar el poder político. Los anarquistas que intentaron actuaciones de sus ideas a principios del siglo XX, cuestionaron fuertemente este modelo de revolución, impuesto “desde arriba”: de hecho, cuestionaron la necesidad de llegar a tomar el poder político para imponer una revolución. Ellos sostuvieron que la revolución no se impone desde el poder político: la revolución ‘se hace’: se hace desde el lugar en donde están los marginados con conciencia de tales. La toma del poder político no estaría contemplada como posibilidad ni como necesidad para la praxis de la revolución. De esta manera, no se necesitarían ‘condiciones especiales’, como la agudización de las contradicciones, ni la toma del poder político, para que la revolución se efectúe. La misma praxis de la revolución dejará de lado las estructuras que dan lugar a marginaciones, e incorporará a todos al nuevo sistema. De ese modo, la sola existencia de marginaciones daría la pauta para el momento propicio de una revolución: el ‘momento propicio’ de una revolución estaría dado por la existencia misma de marginaciones.

Así, la revolución no necesitará “hacerse sistema”, sino que esto será una consecuencia lógica del devenir histórico. De hecho, la gran crítica teórica de los anarquistas hacia las revoluciones marxistas, radica en que no es necesario la toma del poder político para imponer una revolución: el mismo hecho de que la revolución deba ser impuesta le quita credibilidad: “La revolución no se impone desde arriba: la revolución se hace, y se hace desde abajo”.

El ‘lugar’ de la revolución

Otra cuestión a considerar, es “el lugar” de la revolución: desde dónde debe hacerse. Si concluimos que la revolución encuentra sentido en la solución de las marginaciones, hay que concluir que ésta debe hacerse desde la marginación. Cabe preguntarse si la revolución puede hacerse ‘desde afuera’ de la marginalidad. Esta es una cuestión de vital importancia, ya que tiene que ver con la iniciativa de la acción, lo que implica la capacidad de juicio acerca de la conveniencia y las modalidades de toda acción revolucionaria. Creemos que no es posible una acción de este tipo desde otro lugar que no sea el de la marginación. Una acción revolucionaria que no parta de allí, desde la marginación, no solucionaría las marginalidades existentes esenciales; quizá contribuiría a solucionar otras, pero no las marginalidades que necesitan ser solucionadas para que cambie el sistema. Los beneficiados serán otros: no serán ‘los últimos’, sino aquéllos que participan a medias del sistema, y quisieran

una cuota mayor de beneficios del mismo, o de distribución de riqueza: éstos sólo buscan optimizar los beneficios del sistema, ampliando la base de beneficiarios, o buscando ser incluidos entre ellos.

Por otra parte, es innegable la existencia de una gran heterogeneidad en la tipificación de las marginalidades, muchas veces simultáneas. Se tornará necesario privilegiar alguna de ellas, para determinar el lugar desde el cual debe hacerse la revolución. Al respecto, nos parece lógico que todo “movimiento transformador, para ser realmente tal, debe tomar en cuenta primeramente, a los más golpeados por la injusticia”. La revolución, para ser verdaderamente transformadora, debe hacerse ‘desde los últimos’: son ellos los que deben hacer la revolución, determinar sus prioridades y sus beneficiarios, definir las bases sobre las cuales debe basarse el nuevo sistema, y, eventualmente, fijar las pautas para los nuevos paradigmas y para el nuevo sistema de distribución de la riqueza. No serían necesarios los ‘técnicos de la revolución’, los revolucionarios. Los protagonistas de la revolución, los marginados, son quienes deberían fijar las pautas para la nueva distribución de la riqueza. El nuevo sistema no debería contener nuevas o antiguas marginaciones. El nuevo sistema debería dar lugar a que todos se beneficien de él en proporciones más o menos iguales: un ‘sistema donde quepan todos’. Nos parece éste un requisito indispensable de toda acción verdaderamente transformadora, para que una revolución no sea solamente una revuelta, y sus actores no sean sólo ‘revoltosos’ y no revolucionarios.

Al respecto, conocemos acciones revolucionarias que han comenzado en ‘los últimos y más golpeados por la injusticia’; pero generalmente, han sido explosiones en las cuales no se ha sabido controlar su fuerza ni canalizar las necesidades de cambios: han terminado por generar un nuevo orden en el cual otros han sido los beneficiados, y los marginados han seguido siendo tales. La revolución francesa del siglo XVIII es un ejemplo claro de esto.

Si la revolución implica cambiar los paradigmas, entonces es el sistema mismo lo que debe cambiar: desde sus formas de distribuir los beneficios hasta los lugares de decisiones. Un cambio que no implique todo esto, será solamente un cambio que optimizaría las condiciones existentes: se mejoraría, ampliándola, la base de beneficiados del sistema, dejando intactos los paradigmas: nuevos o antiguos marginados volverán a cuestionar el sistema con su presencia. ‘Habrá cambiado algo para que todo siga siendo igual’, para parafrasear a Lampedusa.

Sin duda, un movimiento revolucionario debe resolver la cuestión de la distribución de los beneficios del nuevo sistema, para ser verdaderamente tal. Una desigual distribución de la riqueza origina marginaciones. Y en esta instancia, es preciso que tengan una amplia y transparente participación en los espacios de decisión los sectores más marginados. Sin ello, la revolución terminará por crear un abismo entre los lugares de decisión y estos sectores. Así, la revolución se transformará en un movimiento que determina sus prioridades, generalmente muy alejadas de las verdaderas necesidades que deben ser afrontadas, y de las marginaciones que deben ser dejadas de lado.

La práctica de una revolución siempre se supone en un período de tiempo breve. Cuando los socialistas proponen su ‘revolución paulatina’, la solución de las desigualdades por medio de leyes que poco a poco mejorarán las condiciones de los marginados, suponen otro tipo de revolución. Esta “revolución lenta” tiene otros tiempos y otros medios, pero su objetivo coincide fundamentalmente con las ideas marxistas: la revolución o la solución de las desigualdades debe hacerse desde el

poder político; en este caso, desde el libre juego democrático, usando los espacios de poder de decisión que dejan los sistemas llamados democráticos. Es una revolución hecha desde lugares de privilegios, en donde las necesidades son definidas por quien no las padece, y 'solucionadas' sin abandonar esos lugares. Será la propia conciencia de los reformadores, quizá sincera, quien defina estas necesidades. Pero serán decisiones tomadas 'desde arriba': sus protagonistas quizá busquen sinceramente afrontar las marginaciones, pero parten de un lugar equivocado: no les corresponde a éstos definir las necesidades revolucionarias, ni sus tiempos: éstos no pueden estar definidas desde esos lugares.

A este respecto, creemos que la necesidad de una acción transformadora debe definirse 'desde adentro' de sí misma. Desde otros lugares se podrá contribuir a la clarificación de las mismas, y arrojar luz acerca de los caminos para su solución, para que estas soluciones no arrojen nuevas marginalidades. Pero creemos que los mismos necesitados de un cambio de sistema son los que deberán definir los caminos que llevarán a la superación de las mismas, sus prioridades y sus tiempos.

Todos los partidarios de la revolución siempre han admitido la existencia de un grupo "guía", iluminado, que debe conducir a las mayorías a la consecución de un nuevo estado de relaciones sociales, sin marginaciones. Para la idea marxista, este grupo es la clase social de los proletarios: los obreros de la industria, organizados y bajo la guía del partido comunista. En general, las revoluciones iniciadas en el seno de las burguesías, han llevado implícita la existencia de grupos dirigentes provenientes de la misma burguesía. Incluso los anarquistas, que siempre se han mostrado remisos a admitir la existencia de grupos 'iluminados' que guían a las mayorías, en la práctica se han manifestado favorables a esta postura, al aceptar la necesidad de una educación previa que ilumine a las mayorías acerca del estado de las cosas, poniéndose como 'educadores' sus mismos dirigentes.

Generalmente, las revoluciones 'triumfantes', las que llegan a tomar el poder político, para imponer desde allí un nuevo orden y nuevos paradigmas, terminaron por crear una nueva clase de dirigentes que acaparó buena parte de los beneficios del nuevo sistema, sin resolver los problemas. La revolución terminó siendo simplemente un recambio de las clases beneficiadas, sustituyéndose una clase política dirigente por otra, o una clase económicamente privilegiada por otra, que pasó a disfrutar de los beneficios del nuevo sistema.

No conocemos revoluciones en las cuales la iniciativa haya partido de los sectores que más sufrían las desigualdades, y que hayan dado lugar a sistemas nuevos, donde las marginaciones hayan sido efectivamente superadas. Generalmente, los movimientos revolucionarios partieron desde lugares sociales intermedios, y conducidos al beneficio de grupos que ya ostentaban una cierta parte de privilegios, ampliándola; o bien estallaron como revueltas populares espontáneas, sin un plan preconcebido, desde sectores muy golpeados por las marginaciones, pero luego fueron encauzados hacia el beneficio de otros grupos sociales. Al final, terminaron por optimizar parcialmente el reparto de los beneficios del sistema, en vez de proponer nuevos paradigmas. Generalmente, terminaron por 'cambiar algo para que todo siga siendo igual'.

La historia que es "maestra de la vida", ha encontrado muchas respuestas a lo largo de los tiempos, para corregir los errores en que con frecuencia caemos los hombres y mujeres, que intentan dar respuesta y crear condiciones de vida más humanas. Las revoluciones forman parte de estas respuestas.

2.- LAS PRAXIS DE LA REVOLUCION

Mencionamos aquí, someramente, algunas revoluciones que se han sucedido en la historia, analizándolas brevemente desde esta lectura.

La revolución neolítica:

alrededor del 12.000 a.C., los hombres y mujeres comienzan a hacer sus primeras experiencias de agricultura sedentaria. Esto obliga al nacimiento de una serie de 'instituciones' para organizar las exigencias que implicaba el nuevo sistema: la autoridad que legislara acerca de las relaciones, la propiedad de utensilios de labranza o de terrenos susceptibles de ser cultivados, incluso la apropiación de una parte de la cosecha en proporciones superiores a las necesarias para el sustento inmediato. Esto dio a los 'propietarios' espacios de decisión privados, que originaron dos clases sociales nuevas, que hasta entonces se desconocían: 'propietarios' y 'no propietarios'. Fue necesaria una 'legislación' que salvaguardase el nuevo orden y los nuevos paradigmas. Los cambios fueron muy profundos, pero no beneficiaron a los marginados, si los había, en la precedente sociedad igualitaria de recolectores. La 'revolución' no fue planeada, sino que los hombres y mujeres se encontraron que las nuevas condiciones de subsistencia que elegían, exigía nuevas formas de relaciones sociales. Los cambios fueron impuestos 'desde arriba', desde los nuevos detentadores de los lugares de decisión. Suponiendo una sociedad preexistente igualitaria, los cambios no se originaron en la marginación. Los cambios fueron impuestos desde los lugares cercanos a los nuevos paradigmas. Se cambiaron los paradigmas, pero, si no los había, comenzaron a existir los marginados en la historia.

La rebelión de Amenofis IV- Akenatón

En el siglo XIV a.C., durante la XVIII dinastía egipcia, en el Imperio Nuevo, se dio una curiosa experiencia de 'rebelión' desde el poder: el faraón que detentaba el poder absoluto en el antiguo Egipto, 'se rebeló' contra la clase de sacerdotes del sol: cambió totalmente de personas, por un nuevo grupo de sacerdotes, que probablemente le eran fieles. Incluso propició nuevos símbolos religiosos para representar la antigua divinidad solar. Quizá la antigua religión condicionaba tan fuertemente la acción del faraón, obligando a ritos hieráticos y condicionantes, que el soberano quiso desprenderse de ellos, propiciando un gran cambio en los paradigmas religiosos; incluso algunos estudiosos hablan de un intento monoteísta. La rebelión llegó incluso al arte, favoreciendo nuevos estilos en las esculturas: las cabezas del soberano comenzaron a mostrar un pronunciado alargamiento en la parte posterior, y los cuellos se hicieron mucho más largos. Llama poderosamente la atención esta 'revolución desde el poder', especialmente cuando nada lo hacía presagiar, y sobre todo, en dos lugares culturales tradicionalmente emblemáticos: la religión y las manifestaciones artísticas de la élite. El movimiento duró los dieciocho años que duró el reinado de Amenofis IV, porque su sucesor volvió a la situación anterior, y las generaciones posteriores se empeñaron en borrar totalmente el intento. Por ello, no estamos en condiciones de asegurar el grado de adhesión que tuvo el movimiento: nos aventuramos a decir que fue escaso. Pero sin duda, ha sido un intento de un sector privilegiado -el detentador del poder político-, que quiso asegurarse una cuota de poder mayor, en perjuicio de otra clase privilegiada: el sector religioso de los sacerdotes.

La revolución francesa de 1789

A fines del siglo XVIII, la mayoría de los habitantes del Reino de Francia pasaba hambre, y en general estaba marginado de los beneficios del sistema, mientras un grupo reducido de personas disfrutaba ampliamente de ellos. El pueblo de París reaccionó violentamente ante esta situación, en un estallido espontáneo, que, si bien no cuestionaba conscientemente el sistema en sí, ni sus paradigmas, exigía el fin de la marginación. El movimiento revolucionario dio por tierra con el sistema político, pero sólo amplió la base de beneficiados del mismo: la burguesía comenzó a participar de estos beneficios, y las mayorías que pasaban hambre siguieron en las mismas condiciones de marginación. No se cambió el sistema: simplemente, se amplió la base de beneficiados del mismo. La iniciativa de la acción revolucionaria se inició en las clases marginadas, oscuramente y sin un plan preciso: más que una acción revolucionaria fue un estallido social. No pretendía tomar el poder político, sino simplemente que se repartiesen mayores cantidades de pan. Las acciones posteriores no fueron originadas por los marginados, sino por las clases que, aprovechando el debilitamiento de los sectores privilegiados, deseaban ampliar los beneficios que recibían del sistema: no buscaban cambiarlo, sino optimizar en parte y en su provecho, la distribución de beneficios. No cuestionaron el paradigma, sino simplemente la distribución de sus beneficios. No fue una revolución, sino una revuelta de clase.

La revolución de los negros en Haití

A fines del siglo XVIII, en la isla caribeña de Haití, en la posesión española, se rebelaron los negros excluidos de los beneficios del sistema por la esclavitud. La rebelión provino de las clases claramente marginadas, que tomaron el poder político, imponiendo un nuevo orden, y nuevos paradigmas en las relaciones sociales. El cambio de sistema se hizo con un gran costo de sangre. El nuevo orden hizo desaparecer la esclavitud, con lo que esta marginación desapareció. Pero el resultado no fue una nueva sociedad igualitaria, sino que se originaron nuevas desigualdades, y salieron a relucir otras ya existentes, que alcanzaron ahora otra importancia. El nuevo orden tuvo que mirar cómo una nueva clase de dirigentes distribuía desigualmente los beneficios del nuevo sistema, originando nuevas marginaciones. Estas no dependían ahora del color de la piel, sino de la cantidad de riqueza o de la amplitud de los espacios de decisión que algunos pudieron alcanzar a controlar. La iniciativa de la revolución no provino desde ‘los sectores más golpeados por la injusticia’, sino por antiguos marginados que se habían liberado en parte, alcanzando un cierto grado de acomodo en el sistema.

Las revoluciones hispanoamericanas de principios del siglo XIX

Si bien las distintas revueltas que se sucedieron en el antiguo imperio español en Hispanoamérica, en la primera mitad del siglo XIX, tienen características propias, según el lugar en que se originaron, bien pueden ser además consideradas globalmente, bajo una sola lectura. Tuvieron origen en las burguesías criollas, o sea, en sectores que ya estaban en situaciones de privilegio. Sus acciones ‘revolucionarias’ se encaminaron a conservarlos, o a ampliar los mismos, quizá quitándoselos a otras clases sociales. No fueron acciones promovidas para una distribución de los espacios de decisión donde participaran todos, sino que fueron acciones elitistas, encaminadas a beneficiar a élites, y que fundamentalmente buscaban la obtención del poder político, para imponer nuevas condiciones, sobre las mismas bases: un reparto clasista, donde la mayor parte de los excluidos del sistema siguieron en la misma condición. Generalmente, los marginados del sistema no se enteraron de la independencia política sino hasta mucho después, ni participaron en su programación previa, ni se vieron beneficiados por ella.

La revuelta sólo cambió los beneficiados del sistema, otorgando cuotas distintas de participación, pero beneficiando a los mismos. No buscó cambiar los paradigmas, sino sólo optimizar el sistema en su beneficio.

La revolución anarquista ucraniana:

entre 1919 y 1922, se dio una curiosa experiencia en el marco de la revolución bolchevique de 1917: los anarquistas de Ucrania comenzaron una ‘revolución en la revolución’. Buena parte de Ucrania fue envuelta en la experiencia anarquista dirigida por Néstor Machnó, donde el cuestionamiento a todo sistema de gobierno era la idea central. Junto a ello, la distribución igualitaria de la producción se hizo praxis, en un contexto campesino. La praxis de la producción comunitaria, y la secular costumbre de solidaridad en una sociedad agrícola, marcó fuertemente el intento. Pero fue reprimida desde la derecha y desde la izquierda: desde los rusos contrarrevolucionarios, y desde los bolcheviques revolucionarios, que reprimieron esta manifestación con saña. La represión desde la derecha puede comprenderse: estaba tan lejano el paradigma anarquista ucraniano de los paradigmas contrarrevolucionarios conservadores, que el distanciamiento era lógico. Pero la represión desde ‘la izquierda en el poder’ llama la atención: la ‘revolución anarquista’ ucraniana cuestionaba fuertemente la misma revolución bolchevique rusa: la revolución en el poder era cuestionada por otro modelo, más revolucionario aún. Se cuestionaba, precisamente, la necesidad de hacer un orden nuevo desde el poder político. Todo terminó con la represión en sangre del intento. Ni siquiera fue posible una praxis continuada, ya que la necesidad de preservar la revolución ante los intentos de represión, obligó a una guerra continua. Se convirtió en una ‘revolución itinerante’: los revolucionarios podían poner en práctica sus ideas sólo en las regiones que dominaban. No tenemos datos seguros acerca de la adhesión de las poblaciones a la idea. Esto nos lleva a dudar acerca de la legitimidad de la misma, aunque las anormales condiciones en que tuvo lugar no dejan muchos márgenes para el análisis desde este lugar teórico.

El movimiento independentista de la India en la primera mitad del siglo XX.

Este movimiento revolucionario liderado por Mahatma Gandhi es muy conocido, y a la vez poco estudiado. Un líder, que no provenía de las clases marginadas -Gandhi era abogado y ciudadano británico- logró interpretar el sentimiento de las mayorías, provocando y conduciendo un movimiento revolucionario hasta lograr la independencia política. A pesar de su prematuro asesinato, Gandhi logró que el movimiento obligase a la concesión de la independencia de una colonia con respecto a su metrópolis, que constituía un imperio poderoso. Podemos asegurar que el nivel de adhesión de las clases marginadas fue grande, quizá porque el programa revolucionario era amplio, y contemplaba reivindicaciones que abarcaban a las mayorías. Quizá las ideas superaron la grandeza de las personas que lideraron el movimiento, porque su desaparición o separación no provocó su fin. Algunos líderes y el mismo Gandhi eran hindúes, mientras que otros eran musulmanes. Sin duda, el espacio dejado al protagonismo de los menos favorecidos fue un factor importante, aunque a la postre, éste no fue aprovechado por ellos en el nuevo sistema. Probablemente, la falta de preparación de los sectores marginados no favoreció que tomaran un lugar preeminente en el nuevo orden resultante. La sociedad que nació de allí alcanzó la independencia política, pero no resolvió las marginaciones más importantes: la pobreza y la rígida división social en castas, donde el movimiento y el diálogo vertical es casi imposible. Se hizo una revolución, con una gran base de adhesión, pero no se resolvieron los problemas más

profundos, los que de verdad necesitaban ser resueltos. La independencia política no era el problema fundamental.

Bibliografía consultada

Serge, Víctor, Los años sin perdón, Editorial. Planeta, Barcelona, 1972.

Bagú, Sergio, El Imperio Socialista de los Incas, Editorial. Austral, Buenos Aires, 1992.

Ramallo, Jorge, Apuntes para una idea de la Historia, Editorial. EUDEBA, Buenos Aires, 1992.

Volin, La révolution inconnue, Editorial. Palestre, París, 1935.

Cabaña, Henry, *Mutabilidad e inmutabilidad en la Historia*. Consideraciones sobre el fenómeno revolucionario, exposición en el congreso “Conversaciones sobre la Historia”, en la Universidad de Navarra, 1972, publicado por la misma Universidad de Navarra.

De Lampedusa, G., Il Gattopardo, Editorial Mondadori, Milán, 1990.

Montenegro, W., Introducción a las teorías político-económicas, Editorial, Siglo XXI, México, 1985.

Bakunin, Las cuatro libertades del hombre, Editorial, La Protesta, Buenos Aires, 1915.

Malatesta, *La verdadera revolución libertaria*, artículo en el periódico La Protesta, Buenos Aires, 1921.

Leonfanti, M. *Prioridades para una acción transformadora*, disertación en la Escuela de Estudios Sociales, Mariápolis Andrea, O’Higgins, Buenos Aires, 1992.

Intervenciones de Hinkelammert F, y Assmann H, en las IV Jornadas Teológicas de Abya Yala, en Medellín, Colombia, en 1995.

Di Tella, Torcuato S, La rebelión de esclavos en Haití, Ediciones del Instituto Económico-Social, Buenos Aires, 1984.